

La feria de los días

I

Una casualidad ha puesto en mis manos el pequeño volumen que, con el título de *Europe-Amérique Latine*, publicó hace casi treinta años el Instituto de Cooperación



Intelectual, dependiente de la malograda Sociedad de Naciones. Librillo que recoge los frutos de un encuentro celebrado en Buenos Aires, en el curso del cual notorios escritores europeos e iberoamericanos trataron de dilucidar "las relaciones entre las culturas de Europa y América".

II

La lista de los participantes es sugestiva. He aquí algunos nombres: Enrique Díez Canedo, Georges Duhamel, W. J. Entwistle, Fidelino de Figueiredo, Pedro Henríquez Ureña, el conde de Keyserling, Emil Ludwig, Jacques Maritain, Afranio Peixoto, Louis Piérard, Alfonso Reyes, Carlos Reyles, Jules Romains, Francisco Romero, Baldomero Sanín Cano, Giuseppe Ungaretti, Stefan Zweig... En suma, un verdadero cocktail, del que uno hubiera esperado promisorias explosiones y revelaciones.

III

Lo curioso, no obstante, es que los textos y diálogos allí registrados parecen limitarse a confirmar que tal tipo de intercambios sobre temas abstractos ni ayer ni ahora han logrado arrojar mucha luz en las cuestiones centrales de nuestra vida.

IV

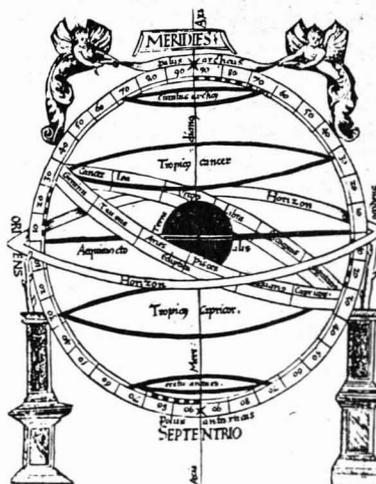
Sí, ocurren frases, exposiciones inteligentes. Pero tras la lectura nos quedamos tan perplejos como antes, en torno a la naturaleza y los caminos de la cultura iberoamericana.

V

Sí, las circunstancias han cambiado de entonces a hoy. En aquel tiempo, Europa era el gigante; la Gran Bretaña cifraba el poderío económico; Francia, la mayor influencia intelectual; el Nuevo Mundo alegaba su "decepción" respecto del Viejo. En nuestros días los Estados Unidos habrían concentrado los motivos de agravio y los puntos de contraste. Europa ha pasado a segundo plano en nuestro panorama; en cambio ha surgido una fuerza antes inédita: la de los países subdesarrollados, la de los territorios recién liberados de la colonización. Ningún escritor americano dejaría (o quizás exagero) de rozar a su modo los conflictos sociales de la época.

VI

Con todo, por lo visto, nuestras antiguas incertidumbres siguen siendo las mismas. Poco han variado nuestros balbuceos. Continuamos debatiéndonos en la misma búsqueda de



una identidad que fingimos haber asumido, pero que no hemos ni siquiera definido.

VII

Al menos (o tal vez vuelvo a pecar de optimista) hemos empezado a confiar más en las obras concretas y sustantivas que en el lirismo bienintencionado que por entonces exhibíamos. No sería éste, de resultar exacto, un mal augurio...

—J.G.T.

